

UN ALMUERZO CAMPESTRE

Bueno, entonces te espero sin falta a las seis y media de la mañana en la Caballeriza del Norte. ¿Tenés bestia?

—No, pero consigo con don Aquileo un caballo y tal vez me preste montura. ¿Qué debo llevar?

—Lleváte una caja de sardinas, media libra de salchichón y una media docena de huevos duros. No te se olvide algo de beber.

Mi interlocutor y yo nos separamos y yo me fui a conseguir bestia, montura y provisiones. Se trataba de un paseo al campo con almuerzo frío, en las orillas del Torres, camino de Puntarenas, cerca de La Uruca. No hay para qué agregar que ella iba con su familia en carreta y que yo no debía faltar so pena de perder novia y soportar el ridículo ante mis compañeros.

Me fui donde don Aquileo; le expuse mi compromiso y la necesidad ineludible de que me prestara un caballo y una montura. Con ese motivo entablamos este diálogo:

—Hombré, lo que es caballo no te puedo prestar porque están en el Barrial; y el único que tengo es la yegua de la pelota y está gafa y muy próxima. Lleváte la montura que está en el cuarto de la ropa sucia, pero eso sí, tenés que componerle un arción y remendarle la gurupera.

—Muchas gracias; ¿y el freno?

—¡Ah! , lo que es freno no tengo; tal vez donde Cholita te presta uno Leonidas o Tobías.

—Pues voy donde Cholita.

Después de mil circunloquios y ofrecimientos de devolución en buen estado, conseguí un freno sin barbada, con riendas de mecate, algo más que reventado y lleno de nudos.

Pero me faltaba lo principal, como a Abraham la víctima del sacrificio, el caballo.

¿Quién tiene un caballo? ¿Quién me presta una bestia cualquiera? Buen rato me preocupaba esa idea tenaz, fija,

*“sin tregua, a toda hora,
aunque tal vez mi rostro indiferente
no dejara reflejar sobre mi frente”*

la urgencia que tenía de un caballo cualquiera.

Pero Dios no abandona al que con sinceridad le pide en un apuro y vuelve a él los ojos suplicantes, aunque sea en demanda de una miserable yegüilla. Ese Ser Supremo que pone diques al embravecido océano, siembra de estrellas el velo azul del cielo y da abrigo y uvitas de güitite al yigüirro indefenso, creó para comodidad de su hechura más perfecta, al macho Kilgus con su gran caballeriza y sus caballos de alquiler.

La posteridad, única que hace justicia, pondrá en su debida altura el nombre del macho Kilgus a la par de los de Guadalupe Quesada, Maximino, Beltrán Murillo, Beltetón y toda esa pléyade de oportunos saca de apuros de la humanidad.

Me fui donde Kilgus:

—¿Tiene Ud. un caballo regular que me alquile para ir a la Uruca mañana a las seis?

—Sí hay, ¿a qué horas vuelve?

—Será como a las dos de la tarde.

—Vale cuatro pesos, que se pagan adelantados y se lleva el Quirós, que es un retinto pasitrotero fino.

Discutimos precio, consintiendo Kilgus en rebajarme seis reales por no poner montura, y todo quedó arreglado

para que un muchacho de la caballeriza llevara el retinto a casa, a las seis, para ensillarlo.

El resto de la tarde lo empleé en la compra de los víveres o provisiones que se me habían designado, y con todos ellos listos y bien envueltos regresé a casa a ocuparme del arreglo de la montura. En el cuarto de la ropa sucia, conforme me había dicho don Aquileo, y debajo de un canasto que servía de ponedero a las gallinas, estaba la tan mentada montura, cuya descripción merece párrafo aparte.

Fue cuando nueva, por allá por la época de la invasión de Morazán, la silla de domingear de mi bisabuelo don Alexo Ramírez, Teniente de Gobernación de la provincia de Costa Rica, del Nuevo Reino de Guatemala. Casi no quedaba de ella sino el fuste cola de pato, con pico descomunal, con tachuela de plata, (tachuela que se sustituyó por una miserable armella de hierro herrumbrado), con aletas retorcidas hacia adentro, abarquilladas por el peso que de años atrás venían soportando en el suelo enladrillado del cuarto que le servía de blando lecho; los lomillos habían pasado a mejor vida y no tenía un "arción" descompuesto como don Aquileo aseguraba, sino que carecía completamente de él, pero arrancado de a raíz, sin correa ni estribo; carecía en absoluto de gurupera y la cincha, de las de dos argollas con cordelitos, estaba en sus últimos instantes, pues se conservaban enteros sólo cuatro o cinco de los veinticinco mecatillos que originalmente le daban vigor y fama. En la semioscuridad del cuarto me pareció ver que la famosa montura estaba adornada de tachuelas de plata con correítas de cuero blanco muy bien trenzadas, pero esa ilusión se desvaneció cuando la saqué a luz: las tachuelas y las correítas eran purísimas . . . , es decir, como el canasto ponedero estaba encima, las gallinas echaban sobre la cola de pato o bien en el ancho pico, sus sabrosas siestas y de ahí todos esos altos relieves que hubo que raspar con un chingo de la cocina y lavar con un trapo mojado. Las hebillas no aflojaban ni para atrás ni para adelante, parecían soldadas al cuero viejo y cada esfuerzo era un nuevo rasgón de la correa; no hubo más remedio que cortar de cuajo

el único "aración", comprar dos correas nuevas y acomodarles un par de estribos de fierro prestados por Mister Berry, el herrero de la esquina. Se suprimió la idea de gurupera y la enorme montura quedó con honores de galápago inglés, mezcla híbrida de todas las invenciones talabarterísticas del mundo, y embadurnada de unto fresco para suavizar la vaqueta, consejo de la cocinera, que le agradecí en el alma. De la cobija de aplanchar recorté cuidadosamente un mantillón de color indefinible, y un saco viejo hizo las veces de pelero. Cambié las riendas del freno por otras de sondaleza nueva, más decentes que los mecates deshilachados de que estaban formadas, y con esa nueva reforma, el apero quedó listo para encajárselo al Quirós, retinto pasitrotero fino.

A las seis de la mañana del siguiente día, ya estaba yo esperando a la puerta la llegada del retinto, vestido con mi mejor flux, con ancho sombrero de pita, pañuelo de seda rojo al pescuezo, camisa tigrilla de lana, faja de becerro charolado y chuspa de ante con su respectivo Smith y Wesson, descompuesto y sin cápsulas, para plantear, alardeando de hombre de pelo en pecho.

Dieron las seis y media y el caballo no asomaba; un sudor glacial invadía mi frente, y la congoja y la rabia hervían en mi pecho. Maldije al muchacho, al macho Kilgus y a todos los machos que vienen a comerse el pan del país y a engañar a los que como yo, estaban en un serio compromiso. Faltaría un cuarto para las siete, cuando desembocó en la esquina de la Universidad un caballo retinto conducido por un chiquillo mugriento, ambos a paso de pedir limosna. ¡Era el Quirós, retinto pasitrotero fino! No pude contener un grito de desaliento: aquel animal no tenía con la noble raza caballar más punto de contacto que el de ser cuadrúpedo, aunque con el rabo pelado al rape por la sarna o el piojillo parecía quintúpedo, si no se tiene en cuenta que la jícara le llegaba con el colgante de la jeta casi hasta los corvejones. Venía meditabundo y pensativo, con aires de filósofo de la escuela de Diógenes o de poeta de los de cuchara y escudilla; el espinazo parecía la serranía de la Candelaria y desde la matadura cen-

tral hasta la cruz había una cuesta capaz de competir en gradiente y gradante con la cuesta del Tablazo o la trepada de los Anonos. Cada costilla con su vértebra y su cartílago podía recorrerse a simple vista desde la médula espinal hasta el esternón; las rodillas eran tan anchas como los cascos y parecía el conjunto de la canilla una pata torneada de mesa; los ojos se escondían entre profundas cuevas, lo que le daba un semblante cadavérico como de chiricano con tercianas y la jeta inferior colgaba con aire despreciativo; era gacho de la oreja izquierda y tenía una nube opalina en el ojo del mismo lado.

No había que andarse con repulgos de empanada; la hora y las circunstancias apremiaban, y dejando para mejor ocasión las lamentaciones, me apresuré a ensillar aquel alacrán con el debido respeto a sus años y a sus innumerables heridas y cicatrices.

El freno le quedaba corto y el pobre retinto quedó como un niño con barboquejo. Al irle a poner la colosal monturagalápago, el jamelgo se encogió como tubo de binóculo y enderezó la única oreja hábil, mirándome de reojo, como en son de súplica y miramiento; le llené la cuesta del espinazo con el pelero en dos, le encaramé la cobija-mantillón y le dejé caer cuidadosamente el fuste; apreté la cincha lo menos que la prudencia permitía y después de pasarle suavemente la mano por la descarnada anca, me monté y le dí el primer latigazo para que comprendiera que "no iba tan solo".

El retinto cogió un trotecillo de perro regañado y ambos, caballo y caballero, recorrimos gran parte de la ciudad hasta la Caballeriza del Norte, que estaba en el Paso de la Vaca; allí me dijeron que mi compañero, cansado de esperarme había ya partido y que había dejado dicho que iría despacio para que lo alcanzara.

Volví al retinto y le puse proa al río Torres; el viaje hasta la cruzada del camino de Santo Domingo se hizo sin novedad, siempre a trote de perro con ribetes de masaculillo que me llegaba al alma; allí alcancé a ver, como a doscientas varas, la carreta en donde iba ella con su corpiño de zaraza azul rayada, sus enaguas verde botella y su sombrerito de

con vivo de guinga y flores de verolís de caña. El corazón me dio un terrible bote y olvidándome de todos los percances hasta ahí vencidos, "taloníé" el retinto, le zampé un fuerte chilillazo y le solté la rienda para que galopara, pues quería, además de alcanzar a mi adorado tormento, disimular la facha del ruco y probar a sacarle una pluma y pararlo en raya al borde mismo de la carreta.

Paró el rabo el chirca, enderezó la oreja buena y salió disparado como si llevara vejiga o cajón de lata; como a cinco varas de la carreta tropezó con una piedra, se fue de hocicos, se reventó la cincha y me lanzó de cabeza sobre el manteado de la carreta en donde caí raspándome la cara en uno de los arcos, en tanto que la montura que me había seguido se metió como una bala por debajo del pabellón cayéndole en media cara a mi futura suegra y rompiendo a una de mis cuñadas media nariz con uno de los estribos. Sobre mi novia cayeron las alforjas de mecate y la llenaron del vinagre de un frasco de encurtido que allí llevaba como eventuales.

Todas las ofendidas pusieron el grito en el cielo y me trataron de animal, tonto, malcriado y cuanto es posible decir y que se le ocurra a uno en esos casos. Me llevaban todos los diablos con el macho Kilgus y su retinto fino pasitrotero y juré vengarme. Un tío de mi novia me bajó bruscamente del toldo y un cuñado tiró la montura con todo y alforjas a una zanja, no sin que antes otro me hubiera arrimado un buen pescozón, ofreciéndome que luego nos arreglaríamos . . .

Todo lo hubiera yo soportado con la paciencia de Job, si no hubiera sido que mi novia, mi ilusión, mi encanto, mi todo, se acercó a mí con semblante descompuesto y con agria voz me dijo:

—Caballero, su acción de hoy me demuestra lo que es usted. Achará el tiempo que yo he perdido en darle a usted cuerda. ¡Todo ha concluido entre nosotros; espero que esta misma tarde me devuelva mi pelo, mi retrato y mis cartas!

—Pero . . .

—¡Nada más tenemos que hablar!

Se subió de nuevo a la carreta y me volvió la espalda

en la que aún brillaba un parchón de vinagre con mostaza.

Me quedé aturdido moral y materialmente, con un ojo amoratado y lagrimeando, viendo con el otro candelillas y con un rajón longitudinal en mi pantalón nuevo, obra de un varal de la carreta. Ya ésta se perdía de vista, cuando me decidí a recoger la montura y volverme a San José; pero en mi atolondramiento no había reparado en que el retinto se había vuelto a su caballeriza y que yo quedaba a pie y con el peso de la montura. La cargué unas doscientas varas hasta depositarla en casa de la lavandera ña Fulgencia, que vivía a orillas del camino real; me hice la primera cura del ojo y bajo un sol de cuero volví a San José, entrando a casa como a las diez de la mañana, dando a todos los diablos a todos los retintos habidos y por haber y jurando solemnemente no volver a aceptar almuerzo campestre hasta no tener caballo y aperos propios.

LA PATRIA, 16 de febrero de 1896